

**Manuel RUIZ JURADO, S.J., *Donde el bajar es subir. Biografía espiritual de santa Ángela de la Cruz* (BAC Biografías), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2020<sup>2</sup>, xx + 119 pp. ISBN: 978-84-220-2142-1.**

<https://doi.org/10.46543/ISID.2029.1066>

La prestigiosa editorial de la Conferencia Episcopal Española *Biblioteca de Autores Cristianos* ha sacado otra vez a la luz, en una segunda edición revisada y aumentada, un hermoso volumen dedicado a un personaje excepcional de la tierra andaluza. Su semblante, humilde y pródigo, no solo llena los cielos, sino también las almas de muchas personas sencillas, que encuentran en esta modesta y adusta mujer un faro de luz en sus penas y un frasco de consuelo para sus heridas. Me refiero a la Madre Ángela de la Cruz, una sevillana de alcance universal por la santidad de su existencia y la luminosidad de su conducta.

El padre Manuel Ruiz Jurado, jesuita experto en espiritualidad y hondo conocedor de esta eximia figura, no solo por haberla estudiado con esmero, sino, sobre todo, por la real admiración que le profesa, ha escrito este libro para plasmar la andadura vital de una abanderada de la caridad.

Sor Ángela, sin alardes ni quiméricas aspiraciones, logró sintetizar magistralmente con su trayectoria la enseñanza evangélica de que en el Reino de los Cielos “el que se humilla será ensalzado” (Lc 14,11). Esta egregia religiosa puso de relieve lo que dijo el Maestro a sus discípulos: “El que quiera ser entre vosotros el más grande, se hará vuestro servidor, como el Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida” para la redención de los demás (cf. Mt 20,26-28). Son palabras que en esta insigne fundadora no fueron una vaga abstracción, sino su opción prioritaria y el mejor legado que dejó a sus hijas espirituales y a la multitud de sus devotos.

Sumergirse en esta monografía es quedar impregnado por el aroma excepcional de una delicada flor evangélica, que invita a amar la fragancia rural de Andalucía, con sus ambientes recoletos y modestos, la candidez de sus casas blanqueadas, el sudor de sus campesinos y la hospitalidad de sus gentes, que únicamente se dejan conquistar por un corazón limpio y sin doblez, como el de sor Ángela de la Cruz. Desde las cumbres de la santidad, ella sigue mansamente gritando que la verdadera gloria se alcanza no por las sendas del orgullo y la altiva prepotencia, sino partiendo el pan con el hambriento, albergando al pobre, vistiendo al desnudo y no volviendo el rostro ante el hermano (cf. Is 58,7). Cuando se sacia la boca del indigente, entonces es cuando refulge la luz en las tinieblas, esas que también hodiernamente nos atenazan por causa del pecado. La

oscuridad se vuelve radiante claridad cual mediodía, cuando el amor se hace patente y se encarna en mediaciones concretas y eficaces, desterrando así los sofismas y la malsana retórica, tan activa por desgracia en nuestros días (cf. Is 58,10).

Los doce capítulos de esta sabrosa obra, cuya consulta se ve facilitada por un índice final de personas, materias y lugares, son una provocación para el lector, un acicate que lo impulsa a embarcarse en la misma aventura que protagonizó sin alharacas una mujer que acertó a comprender que la verdadera felicidad se encuentra socorriendo con prontitud a los menesterosos, y esto, no en circunstancias esporádicas, sino infatigablemente, convirtiendo esa actitud en perla que adorna y engalana la entera existencia. ¿De dónde logra nacer una vida con esos rasgos distintivos? ¿Cuál fue el secreto de la interioridad que caracterizó la radical entrega de esta conspicua religiosa, una interioridad tan fuerte, tan recta, tan coherente?

El Padre Ruiz Jurado, de manera acertada, nos brinda en esta publicación la respuesta a esos interrogantes repasando pormenorizadamente los escritos de esta fundadora, escuchando los testimonios de quienes convivieron con ella, dejando la palabra a las obras emprendidas por la Santa. El núcleo de todo se centra en su intensa relación con Cristo crucificado, en la oración, que fue el hilo conductor de toda su existencia. Su experiencia de lo que piensa el pueblo pobre, y de las reacciones del mundo y de los pobres ante las obras de caridad de las diversas personas, le había llevado a la convicción de que había que hacerse voluntariamente más pobre que los pobres, más mortificada que ellos, para que el ejemplo tocara más a fondo el corazón de los pobres y les diese ocasión de elevarse a Dios. La que de joven fuera zapatera no tuvo en su vida más ambición que ponerse a los pies de Jesucristo crucificado, viviendo conforme a los consejos evangélicos, entregándose, en particular, al silencio y a la mortificación interior y desechando todo deseo que no fuera puramente Dios. En fin, ella quería solo imitar la vida oculta de Jesús en lo exterior; y en lo interior, vivir crucificada con su único Señor, que de la cruz hizo su trono.

En efecto, la vida de sor Ángela de la Cruz consistió en imitar sin vacilación a Jesús en su anonadamiento por amor nuestro, por obediencia a su Padre. Ella no tuvo otro alimento que nutrirse de la voluntad de Dios. Descubrió que su fuerza, privada de apoyos y seguridades materiales, solo se consolida al anclarse con firmeza en la roca que es Dios mismo. Y a sus hijas les dejó esto como preciado tesoro, una riqueza que ellas conservan y acrisolan siguiendo las huellas de la santa Madre, entonando de este modo una melodía de silenciosa sonoridad canora en la callada labor de permitir que sea la conducta, más que la boca, la que proclame esa canción.

Ha de calificarse como de auténtica gracia que la BAC haya publicado nuevamente esta biografía espiritual de sor Ángela de la Cruz. Ella nos recuerda también a nosotros, cristianos de nuestro tiempo, que el amor a Cristo y a su Palabra, que la Eucaristía, que el servicio altruista a los enfermos y a los ancianos desasistidos, que, en definitiva, la vivencia evangélica no admiten componendas ni medias tintas. O se entrega la vida por amor, o se malvive; o se aspira a la santidad o se cae en la garra de la demacrante mediocridad. No hay componendas. La vida cristiana exige, por decirlo así, un "martirio" constante, el de la fidelidad sin fisuras al Evangelio, es decir, la valentía de dejar que Cristo crezca en nosotros, que sea Cristo quien oriente nuestro pensamiento y nuestras acciones. Pero esto solo puede tener lugar en nuestra vida si es asiduo y sincero el trato de amistad con Dios.

Estas páginas revelan que Ángela de la Cruz y sus hermanas no se cansan de clamar a este mundo nuestro, tan sediento de valores y tan ahído de dolor, que la plegaria no es tiempo perdido, no es robar espacio a las actividades, incluso a las actividades apostólicas, sino que es exactamente lo contrario: solo si somos capaces de tener una vida de oración fiel, fervorosa, constante y confiada, será Dios mismo quien nos dará la capacidad y la sabiduría para vivir de un modo dichoso y sereno, para superar los escollos y dar testimonio de Él con valentía. Ángela de la Cruz nos muestra al vivo que si no le damos el primado a Dios en nuestra vida se lo daremos a nuestros caprichos y veleidades. Entonces, en vez de adquirir alas para volar, acabaremos en la cárcel de la mezquindad; entonces, en vez de quedar liberados, nos volveremos desabridos y cicateros.

Trayendo a consideración la vida y gestas de sor Ángela de la Cruz, esta monografía invita a nuestra sociedad, tan lacerada por desencuentros y estériles polémicas, a recorrer la vía de la superación adquiriendo los mismos sentimientos que se alojan en el alma afable de esta bienaventurada mujer, transida de Evangelio. Su palabra y virtudes se vuelven una brújula certera y preciosa, un válido paradigma que demuestra que la convivencia se serena y pacifica cuando salta por encima de cualquier división social, económica o política y pone en alza el significado del servicio incondicional, universal y gratuito. Si todos apagáramos nuestra sed en la misma fuente que satisfizo los anhelos de esta ilustre hispalense, descubriríamos el origen de la concordia, la urgencia de trabajar lealmente por el bien común, por lo que une y hermana, por lo que dignifica y encumbra genuinamente. Cuando, movidos por el amor a Dios, como la Santa, abandonamos el propio interés y ponemos en el centro de nuestras aspiraciones el los demás, individuamos un cimiento macizo y resistente sobre el que construir. Desechamos de este modo la tornadiza arena de la autorreferencialidad para hallar en el amor el

compacto fundamento sobre el que edificar un mundo en el que nadie quede preterido. La raíz de donde germinan frutos tan granados se enclava en aquellas palabras de Cristo, hoy tan elocuentes como cuando fueron pronunciadas por vez primera: "El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará" (Mt 16,25). De ese dicho brota, cuando se cultiva en primera persona, la ciencia de la cruz, de la que Ángela fue eminente adalid. Pero no retuvo este hallazgo como ávida presa. Lo compartió sin demora con sus hijas y, además, lo hizo con inusitada convicción, con pujante fuerza plástica, indicándoles el camino a seguir con su propio ejemplo, colmado siempre de un maravilloso testimonio de amor a los necesitados.

Las Hermanas de la Cruz seguro que gozan leyendo esta obra, que actualiza la imagen de su fundadora gracias a los esfuerzos del autor por recopilar datos y noticias para la redacción de esta provechosa biografía espiritual. En ella aparece, sobre todo, la aventura íntima de un corazón enamorado de Cristo, el carisma especial con que Dios dotó a sor Ángela para que se convirtiera en profuso hontanar de un nuevo Instituto religioso, con su fisonomía específica y quehacer propio en la Iglesia. A este respecto, estas páginas son para las hijas espirituales de la Santa una hoja de ruta, un cristalino manantial para irrigar su existencia austera y crucificada, surgida, como no podía ser de otra forma, de su unión al misterio redentor de Jesucristo.

De la que fuera dirigida de don José Torres Padilla, celoso sacerdote hispalense, canónigo, teólogo y profesor del seminario de Sevilla, las integrantes de la Compañía de la Cruz han aprendido a no amar la publicidad, mucho menos la efímera notoriedad. Igual que madre Ángela, ellas no llevan tras de sí un fotógrafo que las inmortalice cuando se solidarizan con hambrientos y postergados, cuando pasan frío o necesidad junto al lecho de aquellos que se encuentran abandonados en la cuneta del progreso y de la prosperidad. No. Ellas lo hacen todo por amor al Señor, por nosotros muerto y resucitado. Ellas no se privan de lo necesario en aras de aplauso alguno. Antes bien, renuncian al propio placer para estar absolutamente disponibles al servicio del prójimo, lo cual comporta una abultada reserva de fe, que es la que les permite no exigir nada, inmolarse sonriendo, no cobrar nunca factura alguna, quitando incluso importancia al propio y extenuante sacrificio.

Agradecemos al autor el tiempo consagrado a escribir esta joyita de la literatura espiritual, que ojalá fuera vivero de nuevas vocaciones; señuelo para jóvenes que no apuesten por la superficialidad anodina, sino por la hondura evangélica; incentivo para almas ansiosas de alegría, almas que entiendan que el amor a Dios imprime en la vida un dinamismo que hoy raramente se usa, pues subir es bajar y al contrario. La hora

presente, tan compleja y fascinante a la vez, requiere personas de esta talla, que, alejándose de ambigüedades, salgan al encuentro —como el buen Samaritano— de quienes se hallan medio muertos, traspasados de ultrajes por crueles abyecciones. Adentrarse en esta monografía entraña ser cada vez más conscientes de que iniciativas como las referidas solo se pueden llevar a cabo felizmente si, al igual que sor Ángela de la Cruz, arrimas el hombro, te implicas en la solución de los problemas ajenos, te colocas en el lugar del otro, mejor todavía, más abajo del lugar del otro, para de este modo servirlo sin remilgos. El amor se verifica y no suena a hipocresía, a mero teatro, si tu nido es el Calvario, si tu patria es la cruz, si tus señores son los pobres, en definitiva, si arrinconas el egoísmo y te expropias para utilidad pública, como hizo sor Ángela de la Cruz. Ella no está silente. Sigue hablándonos por sus numerosos conventos. Continúa estando presente en tantas almas buenas que, a cualquier hora, en esa bella ciudad bañada por el Guadalquivir, abarrotan la capilla donde se conserva con veneración la urna con su cuerpo incorrupto.

Como se puede leer en este volumen, la devoción a la Santa no para de crecer, pues el pueblo fiel tiene finura y olfato para captar la reciedumbre evangélica, aquella que se puede percibir claramente en la vida de esta santa sevillana aferrada a la cruz de Cristo como puente de unión entre Dios y los pobres. A ellos los amó totalmente, ya que vislumbraba en su rostro el de su Amado. No les daba solo algo. Buscaba ante todo acercarlos a Alguien, con mayúscula: a Dios, pues no ignoraba que la mayor carencia no es la escasez de recursos materiales, sino desconocer a aquel de quien procede todo bien. Ella sigue mostrándonos, en la vida de sus religiosas, que los pobres son ricos cuando tienen a Dios en sus alforjas. Porque el Señor no quita nada al hombre. Nada. Y la historia reciente es testigo privilegiado de esa verdad.

Una atroz experiencia de guerras y dictaduras ha puesto dramáticamente al vivo que la auténtica depauperación empieza cuando el ser humano se aleja de Dios, cuando se siente creador y no criatura. Ese fue el cepo con el que el diablo atrapó a Adán. Esa la trampa en la cual caemos también, lamentablemente, sus descendientes de ayer y hoy. En cambio, dar a Dios lo mejor de uno mismo, y no unas escuetas migajas, es la forma más sublime y genuina de no perecer y encontrar la plenitud que todos queremos. Santa Ángela de la Cruz no sucumbió al primigenio embeleso luciferino. Se mantuvo lejos de esa argucia al coserse por completo al madero salvador donde Cristo entregó su vida y nos alcanzó la salvación. Escapó de ese falaz lazo siendo dócil al Espíritu Santo y oponiéndose a los dictados de la carne. Por la senda de la humildad consiguió, como Cristo crucificado, no claudicar a las tentaciones de Satán y sus mortales engaños. No dejó que el padre de la mentira la embaucara,

haciendo oídos sordos a las seducciones del maligno. Con las armas de la caridad, supo vencerlo y dejó a las suyas, así como a todos nosotros, en el camino de la humildad y el servicio, la mejor manera de confundir a aquel que hizo de la confusión y la soberbia su identidad más nociva y taimada. Nunca le agradeceremos bastante a sor Ángela que, en su sencillez, nos haya hecho tan enorme regalo. Ahora nos corresponde a nosotros ir tras sus pasos. Al respecto, en este libro hallamos un inestimable auxilio.

**Fernando Chica Arellano**

*Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA  
arellano@libero.it*